



**La Huesca**

**Liliana Pualuan**

Í N D I C E

La Huesca

El señor Traba

El señor Danaides

Doña Eufrasia

Mishkin o la ingenua Delia

Los hombres que miran hacia abajo

Doña Manirrota

El señor Fango

Doña Tecla

El señor Gedezona

Espejismos

Doña Manilarga

Doña Sabañona

Neptis y Niobe

Sir Hilo

El señor Escribidario

El Músico andante

La Fiura

La niña Cydonia

El regreso de Somormujo

El marqués de Atril

La señorita Philesia

La enana Eumarginula

El deshollinador Cantilagua

El Capitán Palinuro

## LA HUESCA

En Pueblo siempre había alguien que avistaba el horizonte.

Esa madrugada don Ramiro lo escudriñó más allá, con sus ojillos vivaces. Tenía la boina, heredada por generaciones, encajada hasta las orejas, sobre su largo cabello blanco. Lo surcaba la expresión nostálgica de hijo de hijo de hijo de emigrantes aragoneses: quedó como una marca en su rostro. Una manta de Castilla lo cubría.

- ¡Que la Huesca viene! - gritó de pronto don Ramiro con el acento español que revelaba su ascendencia --. ¡Que la Huesca viene! - fue pregonando esa madrugada por las calles de Pueblo --. ¡Que viene! ¡que viene! ¡Que la Huesca viene, y que viene con bandera blanca! ¡Y que por el río viene!, ¡que ya viene! ¡La Huesca!, ¡la Huesca!

Don Ramiro se dirigió al campanil, sin dejar de pregonar. Hizo repicar las campanas, y un lamento ya conocido atravesó las casas de Pueblo, estremeciendo a los pueblinos.

-- ¡Que la Huesca viene! ¡Que viene!

Las campanas, con notas lentas y tristes, atravesaron una y otra vez la campiña y a los pueblinos.

Se iluminaron las casas; la señal golpeó puertas y ventanas.

- ¡Alguien no despertó hoy! - dijo doña Manirrota.

- ¿Quién será el finao? - exclamó doña Sabañona, preocupada.

- ¿A quien tocó la Parca? - cantó doña Blanca.

Se asomó la Fiura con su falda roja y cabello en desorden; salía de su descanso mítico.

Se asomó el señor Relegado con su sombrero de copa y su violín.

El señor Escribidiario dejó sus papeles por un instante.

El señor Traba detuvo su constante movimiento.

Doña Manilarga desenrolló su brazo para abrir la ventana, la voz de don Ramiro llenó de golpe la habitación:

- ¡Que la Huesca viene! ¡Que viene!

Hasta el señor Danaides dio un minuto a sus oídos para recibir la señal de las campanas y el pregón de don Ramiro.

- ¡Death is coming! murmuró sir Hilo al escucharlo.

Se reunieron niños en la calle.

La Huesca, la Huesca y con bandera blanca - cantaron danzando hacia el río.

La Huesca, la Huesca - repitió doña Eufrasia, entre el fuelle de sus labios, como tragándose las palabras.

Como sucedía en esas ocasiones, los pueblinos se dirigieron hacia el río: los que miran hacia abajo, el

Marqués de Scopio, el señor Fango, Neptis, la señorita Philesia, el capitán Palinuro, el deshollinador Cantilagua, la niña Cydonia, todos fueron, grandes y chicos. Los que no fueron observaban el movimiento desde sus ventanas.

La Huesca se acercaba muy segura zarandeando los remos, que parecían plumas en sus manos; la túnica de arpillera se veía húmeda sobre su largo y huesudo cuerpo; era flaca, alta, de frente grande; tenía ojos verdes como las algas verdes; su rostro era cetrino y huesudo, de rasgos marcados, duros y con una leve sonrisa en la que asomaban los dientes blancos apenas cubiertos por sus labios delgados. El cabello largo y gris en una trenza le llegaba hasta la cintura. Sabía encontrar los cuerpos que arrastraba la corriente, y ese era su oficio.

- ¿Quiénes son? - preguntó uno de los estibadores que se acercó al bote de doña Huesca para ayudar a desamarrar los muertos.

Doña Huesca era de pocas palabras; sólo le señaló los cuerpos.

Se escuchó un murmullo; los estibadores levantaron los cuerpos.

- ¿Ajuerinos? - preguntó alguien.

- El Turista con su hijo - afirmó un policía.

- ¿Quiénes son? - preguntó el señor Gedezona.

La Huesca hizo un gesto de ignorancia y muchos pueblinos lo repitieron.

Se acercó don Tapa, el carpintero hacedor de botes y ataúdes; tomó las medidas de los cuerpos. El niño estaba amarrado al padre.

- Se les voltió el bote en el Correntoso - afirmó don Pletorio.

- Así ha debido de ser - respondió la enana Eumarginula.

Doña Huesca los había encontrado enredados entre los sauces y arrayanes que están inclinados en las orillas.

- Vienen de quién sabe donde - dijo alguien.

- Nadie preguntó nada - dijo otra voz de los pueblinos.

- Se jueron, se jueron - dijo otra voz -, y ya no han de regresar.

En eso llegó el cura que bendijo al padre y al hijo, primero; a la multitud después; nadie dijo nada.

Nadie se atrevió a desatar al hijo del padre. Así los encontró la Huesca y así los dejaron. La Huesca bajó la bandera blanca y remó de regreso; el agua salpicaba su rostro cetrino; la túnica de arpillera se bamboleaba al viento.

La Huesca, que vivía en el agua más que en tierra, se fue alejando.

Algunos pueblinos siguieron al cura; otros regresaron a

sus casas; las rondas se deshicieron.

- ¡Que se fue la Huesca! - repitió don Ramiro -; ¡que se fue, que ya se fue!

Silenciosas golondrinas dibujaron pequeños arcos blanquinegros sobre las nubes grises.



## EL SEÑOR TRABA

El señor Traba vivía en Pueblo, allí donde las nubes tocan la tierra y los niños juegan a atravesarlas o a esconderse en ellas.

Su nombre se lo pusieron en Pueblo. El día en que murieron su padre, su madre y hermanos, se quedó sin habla, y nunca más se le escuchó decir palabra; la gente, al comienzo, lo miraba boquiabierta. No es que antes hubiera hablado mucho, pero solía decir alguna cosa. Luego se acostumbraron a traducir sus gestos, que tampoco eran muchos; movía la cabeza de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, y la giraba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Parecía decir sí y parecía decir no; y el no era más frecuente, luego del entierro de su familia.

Tenía muchos amigos y otros parientes que vivían en las islas todos se creían herederos cuando se enteraron de la muerte; al llegar a Pueblo encontraron al señor Traba instalado en el cementerio y sin bienes. Había perdido todas sus posesiones, las de su familia y las de ellos. Al señor Traba, padres, amigos, parientes y hermanos le habían dado poder para firmar, resolver trámites, pues era difícil comunicarse, ya que las distancias eran grandes y no siempre había embarcaciones disponibles, y no siempre el tiempo era

propicio. Entre tanto, el señor Traba firmaba y firmaba, y todo lo perdió. Entonces, cuando llegaron los amigos, los otros parientes ya había perdido todo. Formaron una larga fila ante él y se acercaron uno a uno a saludarlo y le preguntaron

qué había pasado. La cabeza del señor Traba giraba de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como diciendo <no sé>, <no sé nada>. Los amigos y parientes pensaron que todo se debía a la muerte de su familia, pues eran muy unidos, y era el único que se había quedado allí; para los otros, Pueblo era como una estación. Cuando a alguien se le ocurrió pasarle papel y lápiz, el señor Traba sólo trazaba su firma.

Antes de regresar a las islas uno de los amigos, insistió, y le preguntó nuevamente cómo había muerto su familia, qué pasó con todos los bienes, y por qué los perdió. Y la cabeza giraba, giraba y giraba de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Y el amigo gritó, lloró, suplicó. Creyó ver que al señor Traba le brotaba una lágrima, y sólo se encontró con el silencio.

## EL SEÑOR DANAIDES

En el camino hacia Pueblo, nomeolvides celestes y rosados parecían líneas de colores en el verde claro oscuro, entre calafates, tepas, laureles y coihues. Era la ruta obligada para llegar a la casa del señor Danaides. Era macizo, tenía ojos color violeta; la cara tomaba también ese color, no precisamente por reflejos, sino porque desde hacía tiempo su corazón no bombeaba bien. Sin embargo, no era eso lo que más resaltaba en él.

Danaides era un apodo; lo había asumido desde hacía muchos años. Incluso se presentaba con ese nombre, cuando ocasionalmente algún desconocido pasaba por Pueblo. Sólo se molestaba cuando alguien le recordaba el origen de su apodo, lo cual rara vez ocurría porque las generaciones nuevas no conocían la historia. Lo habían conocido siempre con ese nombre; incluso su forma peculiar de saludar estaba también incorporada a la idiosincrasia de Pueblo. Daba la mano con la palma hacia arriba y los dedos estirados, por lo cual, al saludarlo, eso que se llama estrechar las manos no ocurría. Para los afuerinos, podía ser algo extraño, cuando al presentarse él decía: "Danaides", y extendía la mano con la palma

hacia arriba. Solía ser menos llamativo si extendía la mano, primero, aunque no estrechaba la del que saludaba. La palma de su mano violácea y grandota quedaba debajo de la mano del que lo saludaba. Pero esta situación perturbaba al señor Danaides; se podía percibir un leve estremecimiento de su corpachón, y cierto temor en su mirada violácea. Nadie que no lo conociera podía imaginarse ese hábito.

Con él se podía estar poco rato, no sólo porque era parco, sino porque otra de sus características era ponerse de pie de pronto y partir rápido, como si hubiera recordado algo muy urgente que hacer.

Sin embargo, si alguien lo hubiera seguido y observado, lo habría visto dirigirse con prisa, a grandes zancadas, hacia ninguna parte, y luego volver, y al rato hacer lo mismo, aunque podía variar hacia dónde se dirigía. Lo mismo si hacía sol, si llovía, nevaba, tronaba o relampagueaba. Sólo que, en esas ocasiones, solía usar paraguas.

La visita de Joseph no fue bien venida.

- Hola, don Joseph -dijo el señor Danaides; pasándole la mano a su manera.

Joseph, a pesar de ser, según decía él mismo, un hombre con mucha experiencia de vida, se sintió algo perturbado al sentir encima de su mano la mano estirada y con la palma hacia arriba del señor Danaides. Joseph reconoció ese

gesto, por recordar las manos suplicantes de los mendigos en las esquinas de las ciudades, o cerca de los pórticos de las iglesias. Se sentaron, y al cabo de unos minutos, el señor Danaides se puso de pie y partió, sin que se hubiera todavía iniciado conversación alguna. Joseph, no repuesto todavía del golpe del paisa-je, no lograba entender lo que pasaba. El señor Danaides, al volver, le preguntó:

- ¿Y la salud como anda? ¿Y el tiempo por allá como está?

Y sin esperar respuesta, ya estaba en camino de nuevo.

Joseph hizo esta visita para cumplir el encargo de un hermano del señor Danaides. Pueblo no contaba todavía con medios de comunicación verbal a distancia y sólo ocasionalmente disponía de comunicación aérea, marítima, terrestre. Para cualquier comunicación había que recorrer grandes distancias. El señor Danaides usufructuaba de las propiedades de este hermano; era la ley de Pueblo: el que se iba perdía todos sus derechos, y este hermano estaba viejo, pobre y enfermo. El encargo consistía en que Joseph preguntara a Danaides si podía enviarle algo, para sobrevivir. Entre las idas y venidas del señor Danaides, Joseph intentó muchas veces cumplir con el encargo; traía la pregunta en la punta de la lengua. Pero sólo alcanzaba a abrir la boca, cuando el señor Danaides se ponía de pie tenía

que cerrarla sin emitir sonido alguno. Con lo cual se repetía un cuadro muy particular, entre las idas y venidas del señor Danaides y Joseph. Saludo, sentarse, abrir la boca, cerrarla, levantarse, irse, volver, palmas arriba, palmas debajo, sentarse, abrir la boca, cerrarla, levantarse, irse, volver innumerables veces: cincuenta veces para ser más exacto.

-- Señor Danaides -dijo Joseph seriamente-, ¿de dónde viene su nombre?

El señor Danaides se puso morado, y se fue más rápido aún.

Joseph pensó en las Danaides, y dijo para sí mismo: «Danaides, de las Danaides, no; Danaides, don nadie, don naide en la jerga del lugar, puede ser; Danaides dar a nadie, o, dar a naides, sí». Joseph tomó el camino de regreso.

Los nomeolvides ya no se veían porque era de noche.

## DOÑA EUFRASIA

La llamaban doña Eufrasia porque durante su juventud realizó viajes por Europa, Africa y Asia. Los contaba con entusiasmo, una y otra vez, a quien quería escucharla. Hasta que se le agotó la memoria, y le quedaron sólo palabras sueltas, nombres, el recuerdo de alguna enfermedad, algún dolor. Las repetía en desorden las mezclaba como un tejido absurdo que incluyera elementos tan diversos como clavos, alambres de púa, telas, latas, hilos, lanas cardadas y sin cardar. Cualquiera situación en la que ella se encontrara se transformaba, como por arte de magia, en un sueño.

Doña Eufrasia tenía la boca fina; los labios eran tan desmesuradamente largos que cuando cerraba la boca se le formaban pliegues como fuelles de acordeón que se entrea-brían; desde ellos salían sonidos que doña Eufrasia parecía contener. Eran palabras que se le escapaban como burbujas.

Como era la madre de uno de los concejales de Pueblo, estaba en las listas de los invitados oficiales para ceremonias, fiestas, misas solemnes, inauguraciones. Y a pesar de ser un personaje tan extraño, era claro que estaba asimilada

a la vida de Pueblo y formaba parte de sus personajes.

Sólo de cuando en cuando algún extraño al lugar se sentía expoliado de la monotonía pueblina, al aparecer doña Eufrasia. Donde ella se situara desgajaba una interminable letanía, mezcla de visiones de sus viajes; palabras que tenían cierta musicalidad. A veces, los niños que estaban cerca las repe-tían como se repiten las letanías; o jugaban a la ronda con ellas, pero como algo natural y cotidiano. Al afuerino no dejaba de darle la sensación de entrar en un mundo irreal, como si una escena se desarrollara dentro de otra escena sobrepuesta sin que tuvieran relación alguna entre sí.

Cierta vez - eran las 12 horas - llegó la comitiva presidencial. Ningún representante del gobierno había visitado Pueblo antes, razón por la cual se esmeraron en preparativos, programas y atenciones. Como en la comitiva presidencial venía un asesor cultural, que era pintor, la programación incluía una exposición pictórica de los artistas del lugar.

Doña Eufrasia estaba invitada, como para todas las inau-guraciones, y llegó sin llamar la atención de los habitantes de Pueblo que llenaron, junto con la comitiva, la sala de exposiciones, de tal manera que no se podían ver los cuadros. El asesor cultural se acercó a doña Eufrasia. Al



parecer le interesaron el moño blanco y el sombrero negro con pluma de avestruz. El murmullo que descolgaba de su boca llamó su atención. Ella no miraba: estaba allí como concentrada en sí misma musitando palabras:

- Safari, zafiro, hueso, dolor, marfil, herido, rojo, sol.

Fuera, un grupo de niños jugaba a la ronda cerca de la sala, y cantaba:

- Safari, zafiro, hueso, dolor, marfil, herida rojo, sol.

El asesor cultural escuchaba y miraba ora a doña Eufrasia, ora a la ronda de niños. Los habitantes de Pueblo lo empezaron a rodear. El asesor cultural había roto algo así como el equilibrio ecológico del lugar. Al mismo tiempo se seguían escuchando las palabras de doña Eufrasia:

- Negro, leche, mar, uña trizada, cedro, palomar

Los niños repetían las palabras negro, leche, mar, uña trizada, cedro, palomar.

El asesor cultural pareció olvidar el protocolo que requería la ocasión, y tomó nota de las palabras sin darse cuenta de que lo observaban. Y de doña Eufrasia restallaban los pliegues, y se escuchaba:

- Túnica, fez, corona, reina, Gibraltar, toros, Ufici, Canarias, samovar.

La solemnidad se quebró cuando el asesor cultural y sus notas fueron empujados por los habitantes hacia el río.

Doña Eufrasia continuaba desgajando palabras:

- Olivo, luz, mezquita, luna, Greco, Velázquez Klee, aceitunas.

El asesor cultural no volvió a molestarla.

## MISHKIN O LA INGENUA DELIA

A veces se hacía llamar Mishkin, cuando parecía identificarse con algún personaje de Dostoievsky; otras veces se hacía llamar Hölderlin, otras Rilke, según el personaje que escogía para la ocasión, lo que lo convertía en algo así como un actor versátil, adornado de frases que tal vez una persona culta podría reconocer. Y con ese equipaje solía, de vez en cuando, viajar a algunos lugares aislados y lejanos, donde pudiera desplegar su repertorio sin llamar mucho la atención.

Era larguirucho, pálido, febril la mirada, sonrisa un poco forzada, tímido; los nudillos de las manos eran rojizos y los pies tenían una tonalidad similar. Evitaba usar traje de baño aún en la playa; sin embargo, no admitía tener complejos. Una de sus características era la deshonestidad frente a los demás; en eso, por lo menos, era transparente. Tenía una barba algo escasa, que pocas veces afeitaba; no era lo que se dice un hombre de pelo en pecho; era más bien lampiño, torturada la expresión; tenía labios delgados, boca algo amplia, nariz ligeramente aguileña, el cuerpo como de un adolescente avejentado.

En uno de esos viajes llegó a Pueblo.

Delia miraba un coihue quebrado en el camino: de lejos parecía expresar la fatiga de un anciano gigante; detrás del

coihue asomó una cabeza despeinada, y ya delante de él apareció un hombre larguirucho que la saludó tímidamente con sonrisa algo forzada.

Como presentándose, Mishkin dijo:

- "¿Dónde está la pensión A y B?

- ¿Ave? - dijo Delia.

Mishkin hizo un gesto afirmativo, y ella señaló un cerro. El comenzó a caminar en esa dirección. Se volvió a mirar a Delia, antes de continuar su camino, y dijo:

- El hombre habita poéticamente esta tierra.

A Delia le quedaron resonando esas palabras. Un día se encontró con él, frente a frente. Pareció reconocerla, y le dijo:

- La invito a caminar.

Delia asintió, y entraron en la plaza de Pueblo. Mishkin mantuvo por un momento su sonrisa forzada, y caminaron debajo de los únicos árboles de hojas no perennes del lugar, traídos por algún representante del gobierno, en alguna de las escasas visitas que hacían cada cinco años. Eran los únicos árboles que sufrían el otoño. Mishkin señaló las hojas que caían, y dijo con voz aflautada:

- Die Blättern fallen, fallen wie von weit! - y agregó, mirando a los ojos de Delia-: pareces una princesa de corona dorada.

**¡Error! Argumento de modificado**

Delia se sintió, primero, incómoda; luego encantada; tocó un par de hojas secas que con el viento habían caído sobre ella, y no se atrevió a retirarlas. Sintió entonces una sensación de frío y soledad que no comprendió en ese momento. Caminaron por la plaza, y él contó un trozo de historia de su vida torturada y triste. Delia hablaba poco y escuchaba. El le tomó la mano y le dijo suavemente:

- Princesa.

Dieron varias vueltas por la plaza; se despidieron con un beso suave, como una hoja de otoño que rozara apenas la tierra. Acordaron encontrarse en el mismo lugar, al día siguiente; él traería un libro de poemas.

- Te ofrezco -le dijo a Delia- caminatas, lecturas, paisajes; no tengo plata, pero esto es mi tesoro, y quiero compartirlo contigo.

Le habló de la soledad, del silencio, del valor de la amistad, y especialmente de su compañía. Delia se sentía única. Hacía sólo un par de horas que se habían encontrado y ya parecía que ambos iniciaban un camino juntos por toda la vida, él y su princesa. En cada encuentro, un poema, una historia de su vida, una frase, que quedaban resonando en los oídos de Delia.

-- Cada día salgo para una búsqueda nueva --dijo Mishkin-. Ya exploré las sendas de esta tierra. Mi alma in-

quieta vaga por montes y valles implorando un descanso.

Delia no salía de cierta atmósfera de misterio y encantamiento; sin embargo, la sensación de soledad y frío continuaba. El discurso de Mishkin era interesante, original; pero, al pasar los días, Delia se quedaba con la sensación de algo no genuino, sin saber bien cómo definirlo. A pesar de ir de la mano, y de caminar por la plaza, por el bosque; a pesar de excursiones a los cerros, de paseos en bote por el río: Delia empezó a observarlo a cierta distancia, porque sentía que no había la intimidad que pudo haber; y esto sonaba como una música extraña, como si el encantamiento fuera de un cristal muy fino que se trizara.

Lo observó cómo escuchaba música: la oía con cara de concentración, siempre igual; los mismos músculos contraídos; los mismos gestos con los ojos; las manos rigurosamente en el mismo orden, la misma secuencia. Lo observó al detenerse a mirar un paisaje; lo escuchó decir más de una vez las mismas frases; decir, por ejemplo, al mirar los nomeolvides en el campo: el amable azul florece. Frases que al comienzo encantaban a Delia.

Continuaron las caminatas. Mishkin siguió contando historias de su vida, tragedias sentimentales, ocasionalmente humorísticas, temas sociales, periodísticos. Parecía haber vivido experiencias particulares que lo hacían interesante,

**¡Error! Argumento de modificado**

misterioso, especial, atractivo.

Pero Delia empezó a sentir como conocidas algunas historias; y no porque él se las repitiera, empezó a sentir familiares algunas frases. Y un día cualquiera descubrió el misterio de esa sensación, al releer a Andreiev, en los cuentos trágicos, en los cuentos sentimentales, en los cuentos humorísticos; hasta en los folletines reconoció las expresiones, los personajes, las descripciones detalladas de ellos, los temas sociales, periodísticos, de Mishkin.

Comprendió de pronto la sensación de soledad, de frío, de cristal roto en el encuentro cotidiano con personajes aprendidos de memoria, trozos calcados, cada detalle incluido en ellos. Delia guardó para ella su decepción y desilusión; él le había hecho creer que era un príncipe, el príncipe Mishkin.

Días después él dijo que se iba, y partió por el mismo camino que había llegado. En el potrero, detrás del coihue quebrado, una avioneta rojo-verde lo esperaba;

-- Te escribiré -y agregó antes de irse-: debe partir a tiempo aquel por quien habla el espíritu.

Delia sintió un dolorcillo burlón. "¡El príncipe mezquino!", pensó, y la última ilusión se deshizo.

Tiempo después llegó la primera carta: "Querido corazón, ha llegado la noche; una gran luna llena, casi más fuerte que mi lámpara de luz verde, se abre paso a través de

**¡Error! Argumento de modificado**

la ventana abierta del estudio. Antes podía pasarme las noches escribiendo; ahora la fatiga cae sobre mí sin que pueda ponerme a pensar".

Delia ya había conocido a Joseph, y se la mostró.

Joseph sin vacilar dijo:

--¡De Cartas a Benvenuta de Rilke!

En los oídos de Delia golpearon frases, eco que resonó por un tiempo en Pueblo.



LOS HOMBRES QUE MIRAN HACIA ABAJO

-En Japón -dijo Delia-, las inclinaciones, las venias son expresiones de cortesía a las cuales nos acostumbramos y con las cuales terminamos contagiándonos -agregó-. Es un contagio que no parece hacer daño. Pero -continuó con un tono de voz que sobresalía del que utilizaba habitualmente- nunca ocurrió que los japoneses se mantuvieran ligeramente inclinados o profundamente inclinados.

Joseph la miró con cierta extrañeza, como si no pudiera adivinar, como otras veces lo hacía, hacia adonde iba con ese relato. Delia no venía precisamente de Japón, en ese momento, sino de Pueblo, lugar poco conocido, bastante escondido. Muchas de las personas que viven allí tienen sus motivos para permanecer escondidas. Había visitado Pueblo porque alguna vez vivieron parientes de ella allí, y estaba tratando de recolectar pedazos de la historia de su familia y de su historia. En ese apartado lugar encontró personas que no sólo se inclinaban cuando ella pasaba, sino que se mantenían inclinadas, ligera o profundamente.

Delia respondió, al comienzo, a lo que creía eran saludos, y trataba de mantener esa postura como ellos, pero se fatigaba. Se emocionó con lo que pensó era una generosa y particular bienvenida. Con el entusiasmo con que recorría las calles y los distintos sectores de Pueblo, no se percató

## ¡Error! Argumento de modificado

hasta más tarde que no sólo se mantenían así al encontrarse con ella sino que caminaban así y con cierta dificultad. Había, entre ellos, niños, jóvenes y ancianos.

- De las nubes, oscuras y pesadas -dijo Delia- parecían descolgarse asombro y misterio.

Ella había visto ocasionalmente ancianos que caminaban con dificultad y con el cuerpo inclinado. Pero entre estas personas había niños, adolescentes, adultos y ancianos. No, no era un gesto que se pudiera imitar; mantener esa posición producía cansancio; tampoco era contagioso.

Si no era un saludo, ¿qué era? Sabía que los habitantes tenían características poco comunes, pero de esta característica no tenía noticia. No parecían apesadumbrados, <con lo que se llama un bulto a la espalda>. No parecían estar buscando algo. ¿Será una enfermedad?, pensó Delia, ¿un defecto de nacimiento?, ¿una secta religiosa? Estaba haciéndose esas preguntas cuando se encontró con un compañero de viaje que era del lugar, y eso lo supo en ese momento, porque otra de las características de sus habitantes es que no hablan o hablan poco. 'Tal vez', pensó Delia, mientras él la saludaba sin venias, 'no caminan erguidos porque el paisaje los agobia; el paisaje se expresa tan violentamente que no alcanzan a levantar cabeza y quedan inexpresivos muchos de ellos'. Preguntar cualquier cosa le pareció muy delicado a Delia, y al parecer se sintió curiosa y curiosean-

**¡Error! Argumento de modificado**

do. Le dijo al que fue uno de los viajeros: ¿por qué caminan agachados?, y señaló al mismo tiempo a varias personas que pasaban.

-- Fueron ellos -dijo el hombre-; vinieron, los dejaron así, y se fueron, y así pasa cada tantos años.

- ¿Cómo? -dijo Delia-: ¿quiénes?

- Los generales de zona -respondió él.

- No entiendo -musitó ella.

- La vesícula y el apéndice -dijo él haciendo un gesto como de tijeras con los dedos, abriéndolos y cerrándolos-. Después los costurearon mal -agregó-, y es más fácil coser a un apendicicado que a un avesciculado.

- Nada romántico -pensó Delia-. Más inclinado = operación de vesícula.

- Menos inclinado = operación de apéndice -agregó él, como sumando y restando, y se fue.

Tal vez no se mueren, pensó Delia.

-Pero esto es como para decir que el progreso de la ciencia no siempre viaja en buenas manos -acotó Joseph, haciendo una reverencia profunda y prolongada a Delia.

Parece avesciculado, pensó Delia.

DOÑA MANIRROTA

Entre nubes grises, vestida de gris, cabello color ceniza, piel como pasa gris, ojos grises, suele aparecer en las calles de Pueblo doña Manirrota. De este monótono colorido destaca en ella un agujero rojizo encallecido en la palma de su mano derecha. Hace honor a su nombre, y le da una característica particular a su gris apariencia. Muchas veces lleva guantes también grises. Lo que ocurre cuando se los retira puede ser un espectáculo visto por un afuerino. Pero en Pueblo es considerado natural: si hay un día de sol, y esto sucede en la mañana, Pueblo puede quedarse de pronto a oscuras. El sol se concentra en su mano y se escurre por ese agujero rojizo. Otras veces, al contrario, sale el sol cuando se escurren por su mano las nubes.

Todo esto le sucede como si ella no se percatara de lo que pasa a su alrededor.

Esta situación le trae ciertos privilegios; el cura de Pueblo prefiere elegirla a ella entre todos los feligreses para recoger la colecta dominical; así no corre el riesgo de que se le pierdan monedas; las que ella recoge van de su mano a la bolsa parroquial.

Delia preguntó a un pueblino al ser envuelta por una repentina oscuridad.

**¡Error! Argumento de modificado**

- ¿Qué pasó?

El pueblino respondió, señalando a doña Manirrota:

- Ella tendría que ir con la mano en los bolsillos, para que no se produzcan descalabros.

Delia se dio cuenta que no podía averiguar más en ese momento. La respuesta del pueblino fue determinante y sin más comentarios.

Tal vez debería tratar de ser zurda, pensó Delia para sí misma.

Alguien le contó más tarde que doña Manirrota se había arruinado muy joven. Al parecer no podía guardar nada, ni siquiera en su despensa.

- Tendría que encontrarse una solución - dijo Delia a Joseph, comentando más tarde.

- Doña Manirrota - dijo Joseph, con cara de sabiduría y como conociendo a los personajes de Pueblo-; Doña Manirrota es así, y será así siempre. Tendrían que coserle la mano y hacer una corrección de cirugía estética, para detener ese problema. Pero ya no sería ella - agregó.

Pueblo quedó a oscuras por un largo momento.

## EL SEÑOR FANGO

Cuando el día amanece gris, el señor Fango parece poner una nota luminosa en el aire, con su cabellera amarilla hasta los hombros, los ojos amarillos, los bigotes amarillos y largos que ocultan una sonrisa también amarilla.

Parece emerger como de un cuadro que evoca trigales y golondrinas; con sol o con lluvia usa un sombrero de paja que se desmenuza en las orillas. La ropa le queda grande; parece flotar en ella cuando hay viento. Lo que más llama la atención son los zapatos; unos zapatones gruesos y gastados, con la suela abierta a un costado, de color indefinido por el tiempo, sin cordones, desmesuradamente grandes, que arrastra por los caminos y de ninguna manera facilitan su caminar.

El señor Fango vive cerca de los mallinales y juncos. Teje esteras amarillas y verdes, y recorre la comarca para venderlas o trocarlas por alimentos.

Para un afuerino, todo lo que le ocurre al señor Fango genera curiosidad. En Pueblo era un personaje más. Por lo que Delia supo de él, el señor Fango siempre vivió allí, y siempre se dedicó a hacer esteras. También las hicieron sus padres, y los padres de sus padres, y los padres de los padres de sus padres. Todos vivían en los mallinales y se dedicaban a lo mismo; también sus hijos y los hijos de sus

**¡Error! Argumento de modificado**

hijos, y los hijos de los hijos de sus hijos. Así parecían estar escritos los destinos de las familias de Pueblo.

Sólo el que se aventuraba a salir de allí, podría hipotéticamente cambiar el rumbo trazado. Pero el rumbo no sólo está escrito en el camino que se ve.

El señor Fango no había salido nunca de allí; tenía varios niños rubios de apariencia parecida en el color, en la vestimenta y en los zapatones. Todos llevaban ropa desproporcionadamente grande.

- ¿El nombre de Fango de dónde se origina? - preguntó Delia, que se interesaba por el origen de las familias de Pueblo, de la suya y de los otros. No recibió una respuesta que la satisficiera, como muchas de sus preguntas en Pueblo.

Delia quiso comprar una estera para conocerlo. Tras los bigotes amarillos se esbozó una sonrisa amarilla; cuando Delia se acercó y preguntó por las esteras, él arrugó la frente pálida y se le escuchó decir; ¿mmm mmm?, a la pregunta de Delia, que al parecer el señor Fango no alcanzó a escuchar.

- Quiero comprar una estera verde - dijo Delia. `Amarilla sería como comprar un reflejo de él', pensó.

Delia preguntó al señor Fango muchas cosas:

- ¿Por qué usan los Fango, todos, grandes zapatos? ¿por qué arrastran los pies?; ¿por qué parecen todos iguales?; ¿por qué se llaman todos Fango?; ¿por qué hacen

**¡Error! Argumento de modificado**

todos lo mismo: ¿mm, mm?; ¿por qué los padres, los hijos, los nietos, los bisnietos, los tataranietos? - agregó, preocupada de haber sido demasiado entrometida.

- Para no morir -dijo el señor Fango, sorprendiendo a Delia con la respuesta-. En Pueblo se necesitan esteras. La comarca necesita esteras y nosotros las hacemos -agregó, señalando a su familia- de esto vivimos.

Las preguntas muchas veces incluyen respuestas, pensó Delia. Pero esta no correspondía a ninguna que Delia pudo imaginar. Podrían volar cuervos desde el pantano, pensó Delia, y no me tendría que extrañar.

Delia recibió una estera verde, con el fresco olor a junco; hizo una señal de despedida, y se alejó; sintió un último ¿mmmm? ¿mmm? a sus espaldas.

Entre jirones de nubes azules caminó hacia la cabaña de vacaciones de Joseph en las afueras de Pueblo. Al verla llegar con la estera verde, sonrió y exclamó:

- ¿Mm? ¿mm?.

- ¿Mmm? - respondió Delia, entendiendo que Joseph sabía del señor Fango.

- La idea de no desaparecer me pareció original -dijo Delia recordando la respuesta del señor Fango-. Lo de los zapatones lo entiendo menos - agregó, mirando a Joseph.

- Es común al final de los cuentos -dijo Joseph-: "pasan por un zapatón roto", y hay un mañana siempre.



D O Ñ A   T E C L A

Doña Tecla camina sosteniendo apenas unos zuecos muy altos que parecen para ella zancos. Rebosa en grasas; faldones de grasa que hacían que cualquier ropa que usara, hasta la más sencilla túnica, se transformara en un modelo original y estrafalario. No sólo era su gruesa y tambaleante figura lo que llamaba la atención: llenaba cualquier lugar, por pequeño o amplio que fuera, con su cháchara. No era lo que se llama una persona delicada.

Llegó por un par de días a visitar a su sobrino Joseph. El estaba de vacaciones en una cabaña apartada de Pueblo. La llegada de doña Tecla fue estridente; pisoteó flores silvestres y helechos; espantó golondrinas y zorzales, esos que en el silencio gris azul de las tardes suelen bajar a jugar en los troncos, las cercas, los prados naturales donde están como desparramadas una que otra casa de Pueblo.

Delia pensó al verla llegar: "voy a tener que usar impermeable". Desde lejos se escuchaba el parloteo continuo de doña Tecla. "Doña Chicharra", pensó Delia para sí misma. Ya sabía lo que iba a suceder. Joseph estaría de mal humor, doña Tecla hablaría y hablaría dirigiéndose a él solamente, y los demás no existirían para ella. "Es curioso sentirse de

**¡Error! Argumento de modificado**

pronto sombra para alguien", pensó Delia.

La cabaña se transformó en una pesadilla de estridencias, ruidos, desagrados como si alguien evacuara y vomitara sin parar un instante.

Joseph dijo tomando sus aperos de pesca:

- Voy a pescar.

Era algo fuera de lo común en él a esa hora; pescaría en bote, y en el bote no cabía doña Tecla. Delia se quedó por unos minutos acompañándola; las grasas rebalsaban el sillón de mimbre de la sala; observó cómo doña Tecla seguía hablando, al parecer sin percatarse mucho de la salida de Joseph. "El ser sombra en estas ocasiones tiene sus ventajas", pensó Delia; dejó, al lado de la puerta, un quitasol de lona que se movía con el viento; la sombra del quitasol se asomaba en la sala donde la continua cháchara invadía por completo el lugar. El quitasol asomaba su sombra, y doña Tecla dirigía hacia allí ocasionalmente su mirada.

Delia se alejó hacia el río para escuchar otro murmullo, y cuando regresó doña Tecla seguía hablando dirigiéndose hacia la sombra de la sombrilla.

Joseph no había regresado.

EL SEÑOR GEDEZONA

Gedezona fue uno de los apellidos que hizo que un afuerino se interesara en los orígenes de los apellidos de las familias de Pueblo. Y tuvo la genial idea, según él mismo dijo, antes de iniciar su aventura, de instalar una oficina itinerante de estudios de árboles genealógicos en Pueblo y sus alrededores. Idea que no entendió nadie en Pueblo y terminó con la huída del afuerino a una casa de reposo, para no enlo-quecer.

Se fue una noche a oscuras y sin nada claro.

Delia y Joseph recorrían la comarca. En una de sus excursiones encontraron la casa de reposo; allí el afuerino descansaba de su inútil experiencia; y entre sus escasísimas notas, que mostró a los visitantes, estaba la ficha incompleta de la familia Gedezona.

Delia y Joseph leyeron:

- Ficha N° 0001. Familia Gedezona - Entrevistado: Sr. Gedezona. Proveniencia: no hay antecedentes. Origen del apellido: no sabe.

- Algunas observaciones sobre la familia: Ocupaciones: campesinos; gustan de los bosques y de las flores

**¡Error! Argumento de modificado**

silvestres; Algunos familiares se tragan letras al hablar. Se dice que un antepasado era médico, poeta y tartamudo.

Delia también se interesaba en los orígenes de los apellidos, y la historia del afuerino le hizo mucha gracia; invitó a Joseph a continuarla, aunque ambos sabían que a los habitantes de Pueblo no se le pueden hacer preguntas; es como si las palabras los tocaran y se sintieran amenazados por ellas. El afuerino tuvo que escaparse por preguntón. Decidieron dejar al azar la posibilidad de descubrir el origen del apellido Gedezona; tal vez encontrarían la oportunidad de tener más datos.

Un día se encontraron en el bosque aledaño a Pueblo con el señor Gedezona y su familia.

- Buenas tardes, señor Gedezona -dijo Delia.

El señor Gedezona hizo un gesto poco amistoso con la mano y sin sonreír.

La familia estaba concentrada en cosechar y comer calafates, y todos tenían muy moradas las manos, la boca, los dientes, la lengua y parte de la cara. Un afuerino podría equivocarse al mirarlos y pensar que todos presentaban problemas circulatorios.

- Buenas tardes -insistió Delia, muy amablemente. Pero no hubo respuesta.

Delia vio sobre un tronco caído el libro de poemas "Loanza a Pueblo". El señor Gedezona, al percibir el interés

**¡Error! Argumento de modificado**

de Delia, dijo:

Lo escribió mi tatarabuelo, el doctor Gedezona; era poeta.

Joseph sonrió; era la primera frase completa que escuchaba en Pueblo.

Joseph y Delia no preguntaron más y siguieron su camino por el bosque aspirando el aroma de los calafates, laureles, helechos gigantes y coihues; admiraron el tono rosa del Coico-pihue.

-- Entre tantos árboles, ¿donde estarán los árboles genealógicos? - dijo Delia.

Joseph sonrió enigmáticamente como teniendo la respuesta. Y recordando la ficha del afuerino que quiso ser investigador de árboles genealógicos, dijo:

-- Ge - de - zona, algunos familiares se tragan las letras al hablar - luego volvió a decir en voz alta - Ge -, bajó la voz y dijo, como tragándose las letras: - neral - luego volvió a subir la voz nuevamente y dijo separando las sílabas: - de zo na; y agregó:

- Se habrá atragantado al decir su actividad y quedó en Pueblo con ese nombre.

La historia del apellido Gedezona se completó para Delia después de varios viajes a Pueblo, durante las vacaciones.-

Atando cabos, dijo Delia a Joseph:

**¡Error! Argumento de modificado**

- El primer Gedezona fue médico, uno de los generales de zona que vino en el barco hospital que envía el Gobierno para hacer controles de salud cada tantos años. Y el doctor Gedezona se quedó en Pueblo más por ser poeta que por ser médico.

Seguramente lo atrajo el paisaje - dijo Delia.

Joseph dijo:

- Lo que un médico puede considerar anormal, en Pueblo no lo es. ¿Te imaginas que se les ocurriera operar a doña Manilarga, tratar al señor Traba, hacer cirugía con doña Manirrota? Yo creo que el doctor Gedezona se sintió atraído por lo que era enfermedad en Pueblo: talar árboles, pisotear helechos, rozar, no leer, no caminar bajo la lluvia, asustarse con los armadillos.

- Sí -contestó Delia-; le interesó quedarse y escribir poemas. Y en la siguiente visita del barco hospital, muchos años después, no se fue; formó su familia aquí. Y en Pueblo se quedó con el nombre de la actividad que tenía al llegar. Pero efectivamente era tartamudo y se tragaba letras.

- El señor Gedezona - respondió Joseph - se tragaba siempre las mismas letras.

- Sí -dijo Delia-, y se quedó con ese nombre él y su familia.

E S P E J I S M O S

- Los errores son nuestros -dijo Joseph-, o mejor dicho tuyos. Fuerzas las imágenes de las personas, y no cuadran, como ocurre con Swan en A la recherche du temp perdu; él compara a madame de Crécy con la Céfora de Boticelli; Martina siempre ha sido así -continuó-: es cierto que cambia de personajes, pero ninguno coincide con el que piensas que perdiste. Yo tengo experiencia en eso; ¡pero basta!

- Yo creo -contestó Delia- que Martina es varios personajes, y que alguno de ellos desaparece de pronto; pero que reaparece y a veces no se nota la discontinuidad.

- Tú hablas -dijo Joseph- como si todos supieran de qué se trata. Lo que te quiero decir es que tú insistes en alguien que no tiene existencia, y entonces tus crisis no tienen sentido. Martina vino como siempre. Podríamos llamarla la señora Novionada; y a Celia, tu otra amiga, podríamos llamarla la señora Nodijonada. Así se compondría una historia que no tiene principio, fin, ni sentido. Te ahogas -prosiguió Joseph- en un espejo. Lo que se muere son tus imágenes; no queda nada porque nada había.

**¡Error! Argumento de modificado**

- Podríamos pensar - dijo Delia - que Novionada soy yo y Nodijonada también, puesto que son como pinturas en el aire que nadie ve y que a nadie dicen nada.

- Este diálogo es absurdo - señaló Joseph -. Tanta tontería junta me espanta.

- Las humillaciones empezaron antes -dijo Delia-, y yo las anoté. Pero no hice caso de las señales. Martina no respondía a las llamadas; desaparece durante meses, y hoy aparece y dice: "los invito a un ágape bailable".

- Pensé -continuó Delia- en El tiempo recobrado de Proust. Será parecido a un baile de máscaras como si nada hubiera pasado. No la entiendo a Martina.

- No pudiste decir que no - señaló Joseph burlonamente. E imitando una voz sometida dijo -. ¡¿A qué hora vamos?! Un sometimiento absurdo a una muestra de seudo cariño. Eres tonta de tontería absoluta -agregó- Tal vez yo también soy creación tuya, y tampoco existo. Y desapareció.

Joseph regresó, y dijo:

- Deja tu equipaje de imágenes en alguna parte, y abre los ojos para descubrir. Pero no fotografías, ni reflejos, aunque sean fotografías o reflejos. Siempre que no sean tuyas.

Joseph volvió a desaparecer. ¿Por cuánto tiempo?



DOÑA MANILARGA

--Entrar en las nubes caminando será una experiencia especial --dijo el señor Solarriba, dirigiéndose a Delia.

Delia le informaba sobre su viaje a Pueblo.

--Tendrás que cuidarte de ella --continuó Delia, al refe-rirse a uno de los personajes de Pueblo, como si siguiera un relato comenzado en otro momento-. La piel de ella tiene color cáscara de maní; tiene ojos almendrados de color avella-na; tiene una papada que le cubre el cuello, y mejillas caídas como galgo - dijo tratando de describir la curiosa apariencia de doña Manilarga-. Pero lo que más llama la atención es cierta deformidad del brazo derecho que se adivina a través de las mangas anchas, y una gran cartera como accesorio de su atuendo habitual.

Todas estas explicaciones eran para que el señor Solarriba la reconociera.

-Tal vez -agregó Delia- es uno de los nombres que más se compenetrán con su dueña.

El señor Solarriba puso cara de interrogación.

-Sí -dijo ella, haciendo un gesto afirmativo con la

**¡Error! Argumento de modificado**

cabeza-. A Manilarga parece que no le importan las personas, y sólo quiere sacar ganancias de ellas. Tienes que cuidarte -repitió Delia-, especialmente cuando desenrolla su brazo de-recho; sin que te des cuenta te desvalija. La conozco muy bien. Sale con la cartera vacía y vuelve con la cartera llena. Esa es su actividad. En Pueblo la conocen y la aceptan. Pero contigo -dijo Delia, mirando con cierta compasión a su interlocutor- puede ser implacable, y a veces no se puede uno percatar de su cercanía; el brazo es de largo alcance, sobre todo cuando lo desenrolla completamente. Es uno de los personajes peligrosos de Pueblo; puede desvalijarte sin que te des cuenta, y ella mantener su sonrisa galgana. El paisaje es peligroso: puede ahogarte. La gente se ve inocente, y te desvalija. ¡Cuidate! -advirtió, despidiéndose del señor Solarriba.

-Entraré con cuidado en la nube -dijo él, cuidate los bolsillos.

E hizo luego una señal de adiós con la mano derecha.

DOÑA SABAÑONA

Si el origen de su nombre fuera el de una reina, tal vez doña Sabañona lo llevaría con orgullo; si fuera la mitad de el nombre de un día de la semana, tendría su encanto y su misterio; pero el origen era un mal que la aquejaba a ella y a su familia. Su apellido comenzó y así ocurría con muchos de los de Pueblo, como un mote escolar. El enrojecimiento y la hinchazón de manos y pies era el indicador de que el frío más frío entraba en sus cuerpos y se posesionaba como un demonio de él, especialmente de los dedos de las manos y de los pies.

- ¡Llegó la señal de su presencia! -dijo la hija de doña Sabañona, rascándose desesperada la mano izquierda y la derecha, alternativamente.

- ¡Sí! --dijo mamá Sabañona, rascándose los dedos de los pies, y comenzó a buscar en los armarios los zapatos y guantes de mayor tamaño que para ese período usaban ella y su familia.

- ¡Uy! --dijo el más pequeño, rascándose la oreja.

- ¡Uf! - dijo otro de los Sabañona, moviendo los dedos

**¡Error! Argumento de modificado**

de los pies, al recibir los zapatos grandes que mamá Sabañona repartía entre sus hijos.

- ¡Parece que un demonio habita en nuestros cuerpos!  
-dijo la hija mayor, como haciendo una reflexión inteligente.

- ¡Sí! ¡Sí! - dijeron los más pequeños sonriendo y algo asustados.

- ¡Es un frío de los demonios! --dijo mamá Sabañona.

- ¡Un demonio frío! - agregó uno de los pequeños.

- ¿Listos? - preguntó la hija mayor.

- ¡Sí! ¡Sí! - respondió en coro la inmensa familia.

- ¡Vamos! - dijo la mayor.

Todos la siguieron en fila.

- ¡Acuérdense de la pelota de nieve! --advirtió mamá Sabañona al verles salir.

Luego de caminar un rato, guardaron los guantes grandes en el bolsillo, y cada uno recogió nieve e hizo una pelota para calentarse las manos.

- ¡Quema! --dijo la más pequeña.

- ¡Arde! --continuó.

- ¡Parece fuego! - dijo otro.

Les costaba entender que la nieve les quemara las manos, y que el frío, al penetrar en sus cuerpos, les produjera calor y picazón.

- ¡La oración ayuda! - les había dicho el cura de

**¡Error! Argumento de modificado**

Pueblo en el sermón dominical, al verlos rascarse, incómodos y desesperados.

La familia Sabañona sabía que el mal que sufrían sólo se retiraba con el frío más frío; entonces descansaban sus cuerpos, y sanaban.

<¡La oración parece agitar más al demonio!>, pensó mamá Sabañona, que había intentado todo remedio conocido y desconocido sin resultado.

Y mamá Sabañona advertía cada noche, junto con la oración, a su familia:

- ¡No se olviden del orín de la mañana!

El orín caliente, si bien no hacía desaparecer el mal, lo aliviaba por un momento.

- ¡La oración ayuda! - repitió el cura en el sermón del domingo siguiente.

Los Sabañona cerraron santurronamente los ojos, pensando en el orín matinal, el único alivio, aunque momentáneo, que habían conocido hasta entonces.

NEPTIS Y NIOBE

Cirsium, desde la ventana, vio venir a Neptis y a Niobe; se acercaban a través de una niebla espesa que parecía caminar con ellos como un manto infinito y húmedo que los cubría hasta las rodillas.

Cirsium estaba cansado, y dijo a Arethusana:

- ¡No habrá descanso todavía! -- y su suspiro batió las hojas de los helechos.

- ¡No habrá descanso todavía! -- repitió Arethusana, como un eco que se debilita.

Neptis y Niobe entraron en la sala tibia como sacudiéndose la niebla.

- ¿Nos reciben? - preguntó Neptis con la voz dispareja, algo insegura al comienzo y más firme al final.

-- Mm - respondió Cirsium asintiendo con cierto esfuerzo.

Neptis y Niobe se sentaron en un sillón, frente a la

**¡Error! Argumento de modificado**

chimenea.

Neptis era bajo; sus pies no alcanzaban al suelo; era enjuto y rosado; llevaba barba de chivo y mostachos de chivo; greñas negruzcas y crespas salpicaban su calva rosada.

Niobe era alta, flaca como palo de escoba, pálida, de ojos oscuros y brillantes, sonrisa despectiva; a veces tenía un rictus amargo que la hacía parecer más vieja; su nariz era praxitélica; su cabello, cleopatresco, pero en desorden.

¡Pareja dispareja!, pensó Arethusana.

- ¡Venimos a dialogar con ustedes! - dijo Neptis - Niobe asintió con la cabeza y la cabellera hacia adelante.

- Está bien - dijo con voz desanimada Cirsium - que estaba cómodamente sentado con pantuflas, robe de chambre y un libro de Adorno sobre las rodillas.

- ¿De Adorno? - preguntó Niobe con expresión inteligente como dispuesta a abrir un tema sobre Adorno.

- ¡Sí! - se adelantó Arethusana con una sonrisa -. ¡De adorno!

- De adorno - afirmó Cirsium tratando de divertirse y salir de la modorra.

Neptis, sin percibir el humor, dijo:

- Estoy leyendo a Cortazar.

- ¿Corta zar? ¡Comunista! - dijo Arethusana.

- Cirsium agregó:

**¡Error! Argumento de modificado**

- ¿Corta azar? ¡Prejuicioso!

- ¿Corta azahares? -continuó rápidamente Arethusana-  
¡Depredador!

Neptis miró vacilante a Cirsium.

Niobe hizo una de esas muecas que la avejentan, cortando con sus gestos la inspiración de Arethusana que se quedó con el impulso en la boca.

- No he dicho nada - dijo Neptis, con su voz grave, creyendo que la mueca era una advertencia.

Niobe estaba aburrida, y Neptis intentó introducir otro tema de conversación.

Se escuchaban los pájaros en el jardín, lo que le daba a la tibia atmósfera de la sala una nota musical y tierna, que contrastaba con la atmósfera fría creada por Niobe y Neptis.

Neptis dijo, señalando el cantar de los pájaros;

- ¿Jorgean o gorjean?

- ¿Jorge o Gorje? - preguntó a modo de broma Arethusana, sin responder a la pregunta de Neptis.

Niobe se movió inquieta en el sillón; Neptis sonrió forzosamente. Arethusana continuo:

- ¿Ajo o ago? ¿Borjes o Borges? ¿Jota o gota? ¿Juez o guez? ¿Jaguar o gaguar? ¡ojo u ogo? ¿Ajuar o aguar?



**¡Error! Argumento de modificado**

Arethusana estaba dispuesta a jugar, pero nadie la siguió, ni siquiera Cirsius que antes parecía intentarlo.

Neptis y Niobe se sintieron agredidos.

Niobe dijo con voz baja, pausada y despectiva:

- Parece que hoy no hay encuentro. Neptis asintió con sus greñas, sus mostachos de chivo y su barba de chivo.

Niobe se puso de pie rápidamente. A Neptis le costó levantar su sanchezca figura. Niobe lo ayudó.

<¡Flaca, pero fuerte!>, pensó Arethusana.

- ¡Adiós! -- dijeron decepcionados.

La niebla al salir se retiró con ellos hacia otras casas de Pueblo; buscaba un lugar para depositar palabras.

S I R    H I L O

- Where I am? Where I am? - preguntó sir Hilo con voz insegura.

Recorrió con sus ojos azules la sala blanca, la colcha, las celosías, las vendas, el yeso: todo blanco.

Pareció recordar algo, y dijo con cierta tristeza:

- Me faltan las nubes blancas, la nieve blanca. Me falta... -interrumpió su monólogo al ver aparecer en la sala a un hombrón de delantal blanco, de cara hinchada y expresión bonachona.

- Where I am? - repitió sir Hilo con cierta desesperación.

- ¿Cómo se siente? - dijo el hombrón, e hizo un saludo afectuoso con la mano -. Soy el doctor De Huesos, para atenderlo.

- ¿Dónde estoy? - repitió esta vez sir Hilo.

- En la Clínica San Idad - respondió el doctor De Huesos.

Sir Hilo pareció no comprender.

El doctor De Huesos llamó entonces a dos hombres de aspecto campesino que estaban en el corredor. Entraron sonriendo. Eran el piloto de la avioneta que trajo a sir Hilo y a un auxiliar del consultorio de Pueblo. Ambos amigos del gringo.

**¡Error! Argumento de modificado**

- ¡Hola, compadre! - le dijeron al mismo tiempo sus amigos.

Sir Hilo, al verlos y escucharlos, sintió de golpe venir el recuerdo. Ató cabos uno a uno, hasta llegar al lugar del accidente.

Lo había visto todo blanco: el jeep sin cadenas perdió la estabilidad en la nieve; lo vio todo negro, y no supo más de él hasta el momento en que entraron sus amigos.

- ¿Por qué estoy aquí? - preguntó.

- Danaides te envió con nosotros aquí -dijeron sus amigos- porque en Pueblo el doctor Gedezona dictaminó: "Para estos cortes y fracturas en Pueblo no hay infraestructura".

Sir Hilo recordó que el accidente había sido en el camino al campo de Danaides; llevaba en su jeep sacos de semillas de trébol de cuatro hojas. "Para la suerte", había dicho el señor Danaides.

- ¿Pero por qué aquí? - volvió a repetir sir Hilo.

- ¡Estás en las mejores manos! - dijeron sus amigos.

Sir Hilo se sintió preso en su yeso y en sus vendas; no pudo moverse.

- ¿En qué manos? - preguntó.

El doctor De Huesos mostró sus manos grandes y peludas, y moviendo su cara hinchada, dijo:

- ¡En estas manos!

Accidente, fractura, corte e inconsciencia. En recupe-

ración.

-- No tengo capital todavía -- dijo, preocupado, el gringo pensando en tan buenas manos.

- Está todo cubierto - aseguró el doctor De Huesos.

- ¿Sí? -respondió sir Hilo-; ¿Cómo?

- La familia Upupa se hizo cargo de todo - dijeron los amigos.

- ¿Upupa? - preguntó el gringo sin comprender -. ¿Upa Upa? - repitió.

- Danaides les mandó un telegrama después del accidente; decía: "Va avioneta con accidentado; llevarlo a la clínica, y pagar Danaides" - afirmaron el piloto y el auxiliar.

Lo que no dijeron es que Danaides era conocido por pedir y no devolver. Pide y desaparece. Y que los Upupa se hicieron cargo por humanidad de él. Quebrado, cortado y tirado no lo podían dejar.

- Where I am? - dijo sir Hilo, todo enredado.

EL SEÑOR ESCRIBIDIARIO

El primer Escribidario de Pueblo llegó sin saber cómo a una de las playas. Malherido, harapiento, macilento, hambriento, demacrado, magullado, enfermo. Así se encontró él, y lo encontraron en la arena, entre redes, piedras, troncos y peces. No supo decir de dónde venía ni adonde iba.

En Pueblo lo recibieron, y allí se quedó.

Como náufrago no tenía destino. Lo único que recordaba era que sabía escribir y leer.

- ¡Oiga! - le dijo don Romaza -, si sabe escribir, escriba; si sabe leer, lea.

- ¡Está bien! -- dijo el náufrago, por decir algo.

- Tome este lápiz - dijo don Silvestre, tratando de ser práctico -. Tome este papel, y anote - agregó don Romaza.

El náufrago tomó papel y lápiz; miró confundido a don Romaza y a don Silvestre.

- Ya, pues, señor Escribidario - dijo don Romaza -. ¡Escriba no más!

Don Silvestre se puso un dedo en la oreja, como para concentrar sus pensamientos. Retiró el dedo de la oreja y dijo mirando al ahora señor Escribidario, que al parecer se sentía un poco aturdido y perdido, sin saber mucho que hacer en las condiciones que estaba, con papel y lápiz en

mano:

- Yo necesito tener escrituradas unas cuantas cosas.

- Yo también - agregó don Romaza, satisfecho de los pensamientos de don Silvestre.

- ¡Mire! - dijo don Silvestre y enumeró -: Mil ovejas para arrearlas el jueves 20 del mes entrante a las tierras de Acá de la familia Bandurria.

- Si quedan escrituradas no serán olvidadas. ¡Hasta el mismo diablo se va a recordar! -le dijo don Romaza-. ¡Oiga, pues, don Escribidiario! Ahora para mí - agregó con sonrisa cuadrada.

- Quinientos caballares a las tierras de Allá donde la familia Quercus. Dos mil ovejas a las tierras de Acá, también donde la familia Bandurria.

Lo interrumpió don Silvestre, entusiasmado con las enumeraciones, y dijo:

- Quinientos vacunos a las tierras Destelado, donde la familia Cardumén.

Náufrago, amnesiado y aterido, el señor Escribidiario escribió lo que le encargaron.

Un listado más y ambos lo llevaron en una carreta al centro de Pueblo. Le buscaron una pieza donde doña Blanca, a quien le dijeron que era un Escribidiario que llegó del mar.

Escribir y escriturar fue en Pueblo para el náufrago su primer y único oficio. En el mar nació Escribidiario, y

siguió su destino.

Frente a la casa de doña Blanca, luego, se formó una fila. Habitantes de Pueblo con papel y lápiz visitaron al recién nacido y le solicitaron que escribiera. Sin entender en ese momento por qué el señor Escribidiario escribió, escribió y escribió, ese día, el otro, el siguiente, listas y listas con tipos de animales. La mayoría eran caballares, lanares, vacunos en diferentes cantidades; nombres de los lugares, tierras de Acá, de Allá, Destelado, Destotrolado, y de las familias que recibían y cuidaban de los animales por temporadas: los Bandurria, los Quercus, los Cardumén y los Danaides, entre otros.

Antes de don Escribidiario, los tratos de tenencia de animales eran sólo de palabra. Pero estaban aumentando los olvidadizos y especialmente la amnesia que ocurría cuando fallecía el padre de familia. Le hacían la desconocida a la viuda y a los hijos pequeños, y se quedaban con los animales encargados o en arriendo. En el último tiempo, especialmente, la familia Danaides no devolvía lo que correspondía.

La utilidad de su trabajo la empezó a conocer el señor Escribidiario, cuando después de un tiempo supo lo que le pasó a la viuda Syringa.

La viuda Syringa fue donde el señor Danaides a las tierras Destotrolado, y dijo:

**¡Error! Argumento de modificado**

- Señor Danaides, mi finado dejó aquí vacas lecheras.

El señor Danaides, como siempre apurado, sin mirar a doña Syringa, le pasó la mano con la palma hacia arriba, y dirigiéndose hacia el horizonte, dijo:

- ¡Nada por aquí! ¡Nada por allá!

Se dio media vuelta, y desapareció.

Doña Syringa quedó con la palabra en el aire y desesperada viendo los potreros del señor Danaides colmados de animales.

Su finado le había contado que el tal Danaides y un tal Cazabobos tenían sus animales, y que todo estaba escriturado en las carpetas lilas de su familia, donde el señor Escribidario.

Doña Syringa fue donde el tal Cazabobos, de las tierras Destelado, y le dijo:

- Mis ovejas, señor Cazabobos.

-¡Mortandad total! - respondió el señor Cazabobos, ex afuerino, a doña Syringa.

Doña Syringa no podía creerlo; los antes amigos y conocidos del finado, ahora eran ladrones.

En la comarca se sabía que la palabra es ley, y que los tratos de encargos y arriendos de animales se cumplen siempre de la misma forma: si se entregan cincuenta animales aunque nazcan más o mueran muchos, se devuelven sin cuenta.

Doña Syringa, cansada de ser viuda, malhumorada,



**¡Error! Argumento de modificado**

triste, impotente, se dirigió donde el señor Escribidionario.

La pieza de trabajo del señor Escribidionario tenía un estante que parecía un arco iris, por la forma y los colores de las carpetas. Cada familia --padres, hijos, nietos, biznietos, tataranietos-- sabía su color.

Doña Syringa saludó al señor Escribidionario; éste se había dejado bigotes, y sonrió con su sonrisa redonda a doña Syringa, quien a pesar de lo desesperada que estaba miró con atención la mariposa negra que parecía reposar sobre el labio superior del señor Escribidionario.

- No me devuelven los animales - dijo doña Syringa.

- Sus escrituras están aquí - dijo amablemente el señor Escribidionario.

Doña Syringa seguía mirando la mariposa negra que parecía agitar sus alas, cuando el señor Escribidionario hablaba.

- ¡Mm! - dijo doña Syringa estirando la mano hacia las carpetas color lila de su familia.

- No hay mortandad ni olvido que valga - dijo sabiamente el señor Escribidionario.

- ¡Si-i-i, si-i-i -dijo con gran suspiro doña Syringa- ; tendrán que enterarse el tal Danaides y el tal Cazabobos.

Danaides tuvo que devolver los animales de doña Syringa; y el señor Cazabobos tuvo que irse de Pueblo antes

**¡Error! Argumento de modificado**

de que lo cazaran a él.

En Pueblo la palabra sigue siendo ley; y don Escribidario y su descendencia, la memoria.

EL MÚSICO ANDANTE

Lo relegaron a Pueblo. No se supo con precisión el motivo; al parecer sus ideas no tuvieron cabida en otro lugar.

Llegó en el lanchón de don Zosterera, que trae los víveres cada seis meses.

El policía que lo esperaba se sorprendió al verlo. Del lanchón emergió una figura estilizada de traje negro; el rostro pálido estaba -enmarcado en un sombrero de copa negra; una cabellera entrecana larga y un bigote diminuto; el cuerpo era flaco y grácil; llevaba un paraguas negro en el brazo y en la mano un violín. El traje estaba húmedo y arrugado de mar y de viaje. Luche y pedazos de cochayuyo adheridos resaltaban en la camisa de encaje blanco y en la corbata negra.

Subió al muelle de un salto; pasaban nubes bajas y blan-cas. Dio por un momento la impresión de volar como un ángel con alas negras.

El policía abrió desmesuradamente los ojos con expresión de temor; hizo una inclinación; a modo de saludo se cuadró y llevó la mano derecha hasta la visera de su gorra.

-- Aquí le traigo al relegado - dijo don Zosterera desde el lanchón.

- Sí - dijo el relegado - ¡Soy el relegado! -respondió

**¡Error! Argumento de modificado**

al saludo del policía con una profunda inclinación, y retiró suavemente el sombrero de copa con algas adheridas.

- Está bien - dijo el policía, no repuesto aún de la impresión -. ¡Bienvenido!, señor Relegado.

- ¿Dónde puedo vivir? - preguntó el relegado.

- Donde doña Blanca -respondió el policía-. Yo lo acompaño.

Ambos se despidieron de don Zostera y de la curiosidad de los pueblinos que fueron a recibir los víveres. Era un acontecimiento la llegada de un nuevo habitante.

--Señor Relegado - le dijo el policía-: Monte -- y le ofreció un caballo con una montura de cuero de oveja, típica de Pueblo.

Cabalgaron al paso hasta llegar frente a una casona blanca. Una mujerona gorda de piel blanca y cabello blanco atado en un moño, los esperaba en la puerta. Su sonrisa era blanca.

- Aquí le traigo al señor Relegado - dijo el policía.

Se saludaron con venias, y el relegado repitió su inclinación profunda.

- Parece fantasma de mar - cantó doña Blanca.

<Parece soprano>, pensó el relegado, en silencio. Imaginó a doña Blanca en Milán, mientras sube una escala de mármol blanco.

**¡Error! Argumento de modificado**

Lo trajo a la tierra de nuevo la voz del policía que se despedía de él y de doña Blanca.

- Señor Relegado - cantó doña Blanca-: pase a su casa.

El relegado, desde ahora señor Relegado, entró en la casa blanca y en una pieza blanca destinada para él.

<Curioso>, pensó, <me siento en casa>

Rápidamente el señor Relegado se sintió cómodo en Pueblo. Al comienzo salía a caminar asombrado entre las nubes y los árboles y las casas pequeñas coloridas y descoloridas. Y tocaba el violín. Así eran sus días y sus noches.

- ¿En qué trabaja? - le cantó un día -doña Blanca al verlo absorto en su instrumento.

- Toco el violín - respondió el relegado.

- En Pueblo nadie toca el violín - cantó doña Blanca.

Y así el señor Relegado encontró también en Pueblo un oficio: músico andante. Se lo podía ver a veces entre las rondas de los niños con su violín y su sombrero de copa y su traje negro.

De relegado le quedó el nombre de señor Relegado, y así se llamó él y su familia. El mismo se olvidó de su nombre y de lo que él era antes de llegar a Pueblo.

En el día o en la noche se escuchan en Pueblo las notas

**¡Error! Argumento de modificado**

de un violín.

LA FIURA

Los pescadores vieron entre las piedras, a varios pasos de la orilla, una vara larga cubierta de una colpa blanca y negra con picorocos y choritos diminutos. Y en uno de los extremos, fuertemente amarradas, algas, líquenes, cochayuyos, huiros y melgas de cholgas y piures: le daban a la vara la apariencia de una escoba mágica, luminosa y multicolor.

-- ¡Pintoresca la han de ver! - dijo ceremoniosamente don Aretino al arrastrar la red y los canastos con peces que co-leteaban.

-- Los medios vivos están inquietos -- dijo el señor Sinpiano, mirando a los agitados peces en sus canastos y en los de don Aretino.

-- ¡Miren ve! ¡Don Plauto, don Sinpiano! - gritó Aretino asustado -. ¡Aquí, aquí! --señaló las huellas de pies grandes desnudos que partían desde la vara hacia Pueblo.

-¿Magos? - dijo Plauto, tiritón.

- ¿Brujas? - dijo Aretino, temeroso.

- ¿Magos y brujas? - agregó, tembloroso, el señor Sinpiano.

- ¡Mosterio! - afirmó Plauto.

**¡Error! Argumento de modificado**

- Del mar viene por las señas que trae. O de las islas  
- dijo Aretino.

- Sigamos la pista, y veamos de qué se trata - murmuró  
Sinpiano.

- Un cristiano de pies grandes, al menos - exclamó  
Aretino.

- ¡Mosterio, mosterio! - repitió Plauto, suspirando con  
temor y curiosidad.

Subieron a las carretas y partieron a Pueblo, siguiendo  
las huellas.

En dirección a Pueblo la divisaron. Parecía extraída  
de un libro con estampas de monstruos. Pequeña, deforme, el  
cabello negro y largo arrastraba y arrastraba guijarros,  
plumas de pájaros, flores silvestres. Bajo un manto gris y  
una falda roja, la vieja los divisó y los esperó.

Los pescadores vieron una cara que no hubieran querido  
ver. De piel muy arrugada, llena de múltiples pliegues,  
ostentaba verrugas y lunares. Sus ojos eran pequeños, muy  
juntos, vivaces; su nariz, ganchuda llegaba hasta la barbilla  
y cubría en parte una sonrisa de dientes pequeños y nuevos.  
Aretino pensó: <más de 120 años>.

El mismo pensamiento tuvieron Plauto y Sinpiano.

Se decía en Pueblo que después de los 110 años volvían  
a salir dientes como a los niños.

Ella se acercó con sus grandes y desnudos pies, y su

**¡Error! Argumento de modificado**

figura horripilante. Su expresión era cruel y segura.

<Vino en la escoba marina>, pensaron los tres al mismo tiempo.

Ella dijo, con voz aguda:

- Fiura.

- ¿Feura? - preguntó Plauto, sintiendo que era un nombre más o menos fiel a la dueña.

- No - dijo molesta la pequeña y monstruosa mujer -. Me llamo Fiura.

- ¿De donde es que viene? - preguntó Plauto, mirando ora a Aretino, ora a Sinpiano.

- De las islas - respondió Fiura, tratando de no exhalar su aliento.

- ¿Bruja o maga? - preguntó insistente y asustado Plauto. - Algo así - confirmó Fiura.

- ¡Uay! ¡Uay! - dijeron al mismo tiempo, asustados, los pescadores, pensando cada uno que estarían presos de un mal sueño.

- Vengo de las islas; vengo de un mito. Sí -dijo Fiura-. He venido ¡a descansar!, ¡a descansar! ¿Dónde puedo vivir? -preguntó-. -¡Quiero ser persona! -exclamó, casi vociferante, pero al mismo tiempo cuidando de no exhalar la respiración.

Los tres tenían presente la escoba.

- ¿De un mito? - preguntó Aretino, meditabundo.



**¡Error! Argumento de modificado**

- No quiero asustar; busco el descanso. En las islas me temen. Nunca ando en escoba. Sólo camino y camino por los bosques. Y mi aliento es dañino: paraliza, enchueco y mato - dijo con orgullo.

- ¿Por eso anda con pañuelos en la boca? -preguntó don Sinpiano, y alejó su rostro mientras hacía la pregunta.

- Quiero descansar y ser alguien común - dijo doña Fiura -. Al menos por un tiempo - agregó rápidamente.

-¿Y la escoba? - preguntó Plauto.

- Me la prestó una bruja - dijo doña Fiura--. ¿Dónde puedo vivir? - preguntó nuevamente.

- ¿Dónde? - dijo Plauto, mirando indeciso ora a Aretino, ora a Sinpiano.

- Donde doña Blanca - dijo Aretino, y pensándolo bien-. Es un buen lugar de descanso.

Doña Fiura subió a la carreta. Llevaba un pañuelo en su boca y nariz.

En Pueblo tal vez la mirarían, primero, como lo hicieron Plauto, Aretino y Sinpiano; luego podría tal vez ser alguien más de Pueblo.

- ¿Cuánto durará el descanso de doña Fiura?

- ¿Habrá dejado la maldad en las islas?

- ¿Salió de verdad del mito?

- Eso está por verse - dijo Aretino.

**¡Error! Argumento de modificado**

Y la escoba se incorporó a las rondas de los niños.

## LA NIÑA CYDONIA

Alguien, nunca se supo quién, dejó un bebé recién nacido en la puerta de la cabaña de Aretino. Traía todavía un trozo de lana verde que amarraba el cordón umbilical. Los ojos celestes y la palidez del rostro le recordaron a Aretino su familia. A nadie más pudo recordar en ella.

<De alguna de las tantas será>, pensó Aretino. Desfilaban por su cabeza rostros en la sombra, en la luz, en el día, en la noche. Tomó en sus brazos el frágil bulto y lo llamó Cydonia. El pueblo de Pueblo lo acompañó en la crianza.

Esa mañana habían pasado 16 años.

- Alguien se tragó las nubes - dijo Cydonia a su padre, al ver el cielo inusualmente azul, Aretino observó cómo el miedo atravesaba el rostro de su cándida hija.

- El viento las empujó hacia otro lado -dijo Aretino-; ya las traerá a casa.

En las nubes Cydonia podía esconderse. Era pequeña, flaca, pálida, de trenzas negras y largas; parecía una niña; vestía túnicas blancas que habían pertenecido a doña Eufrosia. Eran de lana blanca cuando hacía frío; de lino blanco

**¡Error! Argumento de modificado**

cuando hacía sol.

Para Cydonia el que las nubes blancas y azules no reposaran en los árboles, en las calles, en los techos de Pueblo, era como si algunos habitantes hubieran desaparecido.

- Alguien se tragó las nubes - repitió Cydonia.

No hubo respuesta. Aretino se había hecho a la mar. En ese momento escuchó Cydonia sus propias palabras, una y otra vez:

- Alguien se tragó las nubes.

Era doña Eufrasia que pasaba delante de ella sin verla.

- Alguien se tragó las nubes - repitió doña Eufrasia como tragándose las palabras. Entre los árboles asomó la ronda de niños que cantaba y bailaba:

- Las nubes, las nubes.

Y el señor Relegado, con su sombrero de copa y las notas de su violín, apareció también entre los árboles.

-- Las nubes, las nubes - se escuchó más fuerte, más des-pacio, según el viento.

Cydonia seguía a la ronda esta vez como para protegerse de algo. En su cuerpo algo pasaba y no entendía por qué. Su vientre engrosaba día a día y no sabía por qué; su vientre en-grosaba y los aromas se hacían mas fuertes; el trébol blanco y el trébol rosado parecían tocarla con el olor; algo pasaba con su cuerpo y con sus sentidos y no sabía qué. En

**¡Error! Argumento de modificado**

Pueblo se cuenta que a veces cuando la luna llena mira a una niña desnuda, puede crecer un bebé en su vientre.

Algo pasaba con su cuerpo desde la última luna llena. Y por eso el susto de que las nubes se fueran.

Una noche de luna llena fue al monte cuando sintió la presión del orín. Los pueblinos van al monte a deshacerse de las presiones del cuerpo. Tal vez allí la miró la luna, como dicen las cuentacuentos de Pueblo.

Aretino, al recoger sus redes con Plauto y Sinpiano, habló de su preocupación a los pescadores. Vio el miedo atravesar los ojos color nomeolvides de Cydonia.

Al regresar a la cabaña observó el vientre abultado de Cydonia bajo la túnica blanca.

- ¿Quién? - preguntó Aretino, malhumorado.

- No sé - dijo Cydonia con inocencia.

- ¿Cómo? - exclamó Aretino, estupefacto.

- No sé - repitió Cydonia, asustada y sin saber qué responder.

- ¿Cómo? - repitió Aretino, reconociendo que Cydonia decía la verdad.

- Me miró la luna - dijo Cydonia, convencida.

Meses más tarde, al lado de Cydonia crecía Geranio.

## EL REGRESO DE SOMORMUJO

Somormujo regresó a Pueblo después de veinte años.

<¿Me reconocerá alguien?>, se preguntó.

Llegó en la avioneta que trae víveres y noticias cada cierto tiempo. Cuando se fue, añosos árboles lo despidieron: coihues, laureles, tepas gigantes; cuando llegó, un viento frío lo recorrió y remeció los árboles que todavía estaban allí.

<Al menos los árboles me reciben bien>, se dijo Somormujo. Caminó hacia Pueblo y pasó por debajo del coihue inclinado y conocido. Nadie lo ha movido de su centenario lugar.

Delgado, arrugado, rápido y de mirada vivaz, recorrió el largo trecho que lo separaba de la casona de uno de sus amigos. El cabello cobrizo y ensortijado de Somormujo se balanceaba atado en un moño, y se veía como atravesado por pinceladas blancas y grises que le daban una extraña apariencia a sus movimientos rápidos y joviales.

Mientras caminaba recordó la última frase de su amigo que con golpecitos en el hombro le dijo: <tus intereses

**¡Error! Argumento de modificado**

quedan a buen recaudo>; y también rememoró los movimientos de cabeza hacia arriba y hacia abajo que él hizo como aprobándose a sí mismo.

Llegó a la casona de Traba, su amigo.

Este agitó la cabeza hacia el lado derecho y hacia el

lado izquierdo, una y otra vez, lo cual dejó algo mareado a Somormujo, que intentó encontrarse con su mirada. Cuando al fin lo logró, vio enormes lágrimas que resbalaban de los ojos del señor Traba en sinuosas líneas; líneas dibujadas por los movimientos de cabeza que parecieron desencadenarse al ver un fantasma envejecido y sonriente a su puerta. Sus gestos parecían decir no, no y no. Pero sus lágrimas parecían la reacción de una emoción intensa.

-- ¿Cómo están ustedes? - dijo Somormujo algo desconcertado por el recibimiento. Y una musiquita apareció en sus recuerdos: <Que 20 años no es nada, que febril la mirada...>

Pero su recuerdo fue interrumpido por la mujer de Traba, una de las Manilarga que con su abrazo de saludo perturbó y enredó a Somormujo.

- ¿Pasa algo? - dijo Somormujo, decepcionado al percibir una atmósfera poco acogedora.

- ¡Veinte años! ¡Mucho tiempo! -acotó la mujer de Traba con su cara de galgo viejo.

Un cuadro desconsolador abrumó a Somormujo; se le

**¡Error! Argumento de modificado**

congeló la sonrisa, y no por el frío. El señor Traba giraba su cabeza de derecha a izquierda, de izquierda a derecha con algunas pausas. Y el brazo de la Manilarga se desenvolvió y se introdujo en la mochila que Somormujo había dejado cerca de la puerta.

< ¿Conocidos? ¿amigos? >, pensó Somormujo, y sintió un dolor agudo bajo el esternón. <¡Me muero!>, se dijo, <y al lado de estos giles>. Para él eran rasgos infantiles arrugados. <¡La máscara les queda grande!>. Colgajos y hendiduras profundas surcaban y atravesaban frente, rostro, barbilla y cuello.

-- ¡Veinte años! -- dijo en voz alta --. El silencioso tiempo ha escrito en esas caras cosas en otro idioma. No entiendo qué pasa -agregó en voz alta; dirigiéndose a Traba y a Manilarga.

- Nada que entender - dijo la mujer de Traba.

- <¡A buen recaudo!> -dijo en voz alta Somormujo, al recordar la frase que su amigo le dijo cuando él se fue de Pueblo.

- ¿Qué? - preguntó Manilarga sorprendida.

- ¿Mmm...m? - dijo el señor Traba, y comenzó a salir de esa breve pausa que había entre sus movimientos de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

- <A buen recaudo> --repitió Somormujo--. ¿Dónde están mis dineros y mis enseres? Yo tenía morriña... --Se detuvo

**¡Error! Argumento de modificado**

al sentir las miradas frías y las muecas de ambos.

- Todo está bien escrito - dijo la Manilarga, secamente.

- ¿Dónde? - preguntó Somormujo.

- No sé - dijo Manilarga, con el apoyo de los gestos de Traba.

- ¿Cómo? - preguntó Somormujo.

- El contador se llevó los libros. No sabemos nada de memoria.

- ¿Dónde? - preguntó Somormujo.

- No sé - dijo Manilarga junto con los gestos de Traba - . El contador se fue de Pueblo.

- ¿Se llevó mis cosas? - preguntó Somormujo.

- Se llevó los libros con las anotaciones: qué bienes hay, dónde están, ¡todo eso! - agregó la mujer de Traba.

<El amor, la amistad>, pensó Somormujo, que ya se había repuesto del dolor e ironizaba para sí mismo.

- Amaos los unos a los otros - dijo en voz alta Somormujo -. <La estocada fue maestra>, pensó.

Algo desbastó el paisaje en ese momento. Y recordó las sanguijuelas.

-- El paisaje no deja ver bien - dijo Somormujo.

-- ¿Qué? - dijo la mujer de cara galgana.

- Nada que entender - murmuró Somormujo, con los dientes casi cerrados-. ¡La belleza cubre las apariencias! -



**¡Error! Argumento de modificado**

- gritó.

La pareja de Traba y Manilarga estaba como congelada e impermeable a los gritos absurdos de Somormujo.

- ¿Hay algo cuerdo? - dijo Joseph, que surgió en escena haciendo una señal con la mano, y desapareció como si nunca hubiera estado.

Somormujo se quedó con la sensación de que todo lo suyo había quedado borrado por la lluvia o sepultado por la fronda.

EL MARQUÉS DE ATRIL

- Huí de mis tierras -- dijo el marqués a don Zostera-.  
Crucé el Danastris; mi castillo estaba ocupado.

Don Zostera miró al forastero de manos enguantadas; vestía pantalones y botas de montar desteñidas, vestón y sobretodo grises. El sobretodo parecía una capa por su amplitud.

- ¿No serán sueños los suyos? - dijo don Zostera, reflexivo, al ver la ropa gastada y descolorida del que se decía marqués.

El marqués no insistió; subió al lanchón de don Zostera con su exiguo equipaje.

- ¿Qué se trae Ud.? - preguntó don Zostera al ver que el marqués traía una caja larga y angosta de cuero bajo el brazo y un bulto cuadrado y otro redondo en los bolsillos.

- Huí - repitió el marqués--; mi castillo estaba ocupado; al pasar traje esto.-- Y señaló los bultos.

Don Zostera vio que el hombre alto, delgado, de ojos azules, cabello blanco levemente rizado, de expresión firme en la que se reconocía la melancolía, era de pocas palabras.

No preguntó más, y se preguntó a sí mismo con duda: "¿marqués?, ¿escapado?, ¿castillo ocupado?". Y se resignó a participar en el sueño de alguien loco, soñador, que tomaba tal vez su lanchón para distraer sus fantasmas.

Lo sacó de sus pensamientos el marqués, que dijo, entre los vaivenes de las olas:

- Mi tierra está ordenada y trabajada hasta el último centímetro.

Don Zosterera escuchó, como tratando de descifrar un sueño.

- Será -- respondió, y extendió su preocupación a las toninas de color morado intenso que insistían en acompañarlos en el viaje, y se cruzaban por debajo y por delante del lanchón.

- Mis súbditos - dijo de pronto el marqués - se inclinaban a mi paso como esos árboles.- Y señaló en la costa arrayanes y sauces inclinados en las orillas hasta tocar el agua.

- Será - dijo don Zosterera, intentando descifrar las pala-bras del marqués.

En Pueblo, don Pletorio, don Tapa, don Plauto y otros pueblinos estaban a la espera del lanchón.

Del forastero les llamó la atención la caja, larga y angosta, que traía bajo el brazo.

- ¿Qué es? - le preguntó con curiosidad don Pletorio.

- Pues --respondió el marqués en impecable español--: un atril.

**¡Error! Argumento de modificado**

Esa pregunta se sucedió una y otra vez esa mañana. Hasta que alguien, señalándolo, dijo:

- Es el marqués de Atril.

El marqués asintió y también los pueblinos que estaban allí. Fue su nombre desde ese instante: marqués de Atril. Nadie le preguntó nada sobre él mismo; sólo sobre lo que traía en esa caja.

Al marqués de Atril le asignaron tierras. La única condición era cercarlas para que tuvieran límites. El las cercó con sus propias manos. Don Tapa le ayudó, pero no aceptó ayuda de otras manos.

- No había tocado la tierra con mis manos - dijo el marqués al hacer su huerto -. Con mis manos construiré mi cabaña --dijo a don Plauto--, con mis manos.

Con sus manos aserró y ensambló los troncos de su cabaña. Con sus manos armó el atril donde puso el Quijote; desenrolló la partitura que había traído, e hizo otro atril donde la acomodó.

- Con mis manos - dijo el marqués -; trabajo con mis manos.

-- Tanto mentar las manos -dijo don Tapa-, como si fueran cosa de otro mundo.

-- Enguantadas las habían de ver -agregó don Plauto,

**¡Error! Argumento de modificado**

intercediendo por el marqués de Atril-; en vez de guantes, encostradas están.

- Sus manos, sus manos -agregó don Plauto.

El marqués de Atril asintió:

-- En vez de guantes, costras -dijo, y se sintió más noble.

El marqués de Atril parecía un hombre confiado de manos encostradas, rostro salpicado de manchas y pecas rubias, sonrisa triste.

El marqués de Atril se fue rodeando de animales: pumas, gatos monteses, zorros plateados y dorados, huemules, avestruces, cisnes de cuello negro, choroyes; <mis amigos>, decía: <mi familia>. De hecho vivió más cerca de los animales que de los hombres. Con los animales hablaba extensa y largamente. Se le divisaba con ellos, algunos ya viejos y enfermos, otros jóvenes y juguetones en su cabaña y en sus tierras.

Todos tenían nombre, Cipion y Berganza fueron los primeros; Filipéndula y Agrimonia los últimos. Con los animales vivos y con los animales muertos habló mucho más que con las personas que le conocieron.

Don Zostera solía invitarlo a su lanchón y pudo

### **¡Error! Argumento de modificado**

constatar que no era un sueño que al marqués de Atril le gustara dar una vuelta en su lanchón. Allí donde los arrayanes y sauces se inclinaban. La mirada aguda de don Zostera lo sorprendió, cuando saludaba levemente hacia las orillas con sus manos encostradas.

Una que otra vez se le vio también caminar en silencio por el sector donde los hombres miran hacia abajo. También allí parecía levantar la mano encostrada como para saludar, como para bendecir.

La vida del marqués de Atril tenía una ruta conocida: trabajar con sus propias manos; hablar con sus animales, y en las noches abrir una ventana por donde el aire helado cortaba la atmósfera tibia de su cabaña y calaba hasta la médula de sus huesos.

Entonces el marqués de Atril descubría estrellas y miraba la filigrana de la luna cuando las nubes se lo permitían.

LA SEÑORITA PHILEZIA

El blanco de la casa y el azul caspio de techos y ventanas derramaban una luminosidad que hacía brillar los charcos en la calle, las nubes, las gotas de lluvia en el día; y en la noche destellos blanquiazules parecían pintar lo oscuro.

`La casa de las brujas', decían los niños de Pueblo cuando pasaban con sus rondas.

En Pueblo esa casa formaba parte del escenario natural cotidiano; sin embargo, para un forastero podía desquiciar su atención, y no pasaba inadvertida.

Un forastero quedó atrapado en esa imagen, y no pudo continuar por semanas su camino.

Durante el día vio que se acercaban algunas mujeres a la casa. Se acercó también, y vio que ellas golpeaban. Abrió la puerta una viejecita vestida con tules blancos hasta el suelo, sobre un cuerpo gordo, pequeño, arrugado; tenía el cabello corto y crespo; sobre su cabeza llevaba un velo bordado y tres flores de papel que afirmaba con un peine blanco; su cara era triste, muy triste, y se asomaba tímida entre los tules.

El forastero vio. Eso vio primero. Al abrirse la puerta, salió una oleada de olor a alcanfor. La pueblina

**¡Error! Argumento de modificado**

agachó la cabeza y lo dejó pasar; el olor impregnó al forastero que aspiraba el olor del chilco, del calafate, del trébol, del pasto, del campo, del río, de la lluvia. Fue invadido por el

alcanfor como, si en lugar de una puerta de la casa blanca, se hubiera abierto un baúl antiguo.

El forastero olió y se espantó. El forastero también escuchó:

-- Buenos días la han de ver, señorita Philesia - dijo una pueblina.

-- Buenos días, doña Sabañona -- respondió la señorita Philesia --. ¿Qué nube la trae por aquí?

- La compra de bolillos para mis cortinas; la compra de bolillos para mis manteles - respondió ceremoniosa doña Sabañona.

- Aguante aquí - dijo la señorita Philesia -; Mis hermanas están hoy enfermitas, y no se puede hacer ruido.

- Bien - dijo doña Sabañona, que conocía las costumbres de la casa-. Aquí aguanto - agregó.

La señorita Philesia con sus velos cerró la puerta en busca de encaje y bolillos para doña Sabañona.

El alcanfor pareció detenerse en el forastero; no pudo deshacerse del olor por varios días. Atrapado por la imagen y por el olor continuó allí.



**¡Error! Argumento de modificado**

Se abrió la puerta; la señorita Philesia entregó un paquete, y doña Sabañona los dineros.

- Que la bendiga Dios - se despidió la señorita Philesia, y otra oleada de alcanfor salió por la puerta.

Se agachó doña Sabañona nuevamente; levantó así, agachada, la cabeza, y con una venia se despidió de la señorita Philesia sin más palabras.

Una pueblina por la mañana y otra pueblina por la tarde golpearon la puerta de la casa blanca, y un diálogo parecido se entabló con la señorita de los tules blancos. Y el alcanfor aprovechó para salir hacia el forastero, cada vez que se abría la puerta.

En la noche se abrió de nuevo la puerta sin que nadie golpeará. De nuevo también el alcanfor salió a oleadas, pero esta vez no solo sino con la señorita Philesia.

El forastero vio. Ella llevaba una capa negra sobre los tules blancos.

Esa noche no pudo seguirla; se sentía preso del alcanfor, de la imagen de la casa luminosa y de la señorita de la capa negra. Las campanas del campanil dieron las horas: las dos, las tres, las cuatro; no pudo dormir el forastero; el frío, el viento, los copos de nieve de la madrugada lo mantuvieron despierto. El alcanfor lo rodeaba; el alcanfor volvió a salir al abrirse de nuevo la puerta. Vio entrar la capa negra con copos blancos; vio entrar el tul

**¡Error! Argumento de modificado**

y las flores a la casa blanca de ventanas y techo azules.

Cuando pudo moverse era ya otra vez la mañana. Pudo hablar, y preguntó a alguien que encontró:

- ¿El brillo de la casa, de esa casa? - dijo señalándola. Alguien le dijo: ¡don Tapa la pintó!

- ¿Sí? - insistió, curioso, el forastero que seguía alcanforado.

Alguien le respondió con un movimiento de hombros.

Otro agregó:

- Es la misma pintura de otras casas.

Las respuestas lo dejaron más extrañado.

Buscó a don Tapa:

- ¿Por qué el alcanfor? -- preguntó.

- ¿El suyo?

- No -- respondió el forastero --. El mío es de allá.-

Y mostró la casa.

- Guardan recuerdos - respondió sabiamente don Tapa.

- Salió una mujer de madrugada - dijo el forastero curio-so y con cara de pregunta.

- Sí - dijo afirmativamente-. Todas las noches, hasta la madrugada; llueva, nieve, hiele, truene, relampaguee, con nie-bla, con bruma, con luna, sin luna, camina la novia; va y viene -dijo, hasta quedar sin aliento.

Abrió los ojos el forastero, cerró los ojos el

**¡Error! Argumento de modificado**

forastero; los abrió, los cerró varias veces sin entender.

Don Tapa agregó que ella espera, espera, en el mismo lugar todas las noches.

El forastero quedó mudo; no preguntó más, y volvió la cabeza hacia donde salía el murmullo, que se hizo más claro. La voz de doña Eufrasia repetía:

-- Lo espera, lo espera, todas las noches.

Doña Eufrasia era seguida por una ronda de niños que cantaba:

- Lo espera, lo espera la señorita Philesia; todas las noches lo espera. Cien años lo espera, todas las noches, cien años lo espera.

El forastero se tapó los oídos y se tapó los ojos. Los cantos eran gritos cerca de sus oídos; los destellos de la casa hirieron sus ojos; el alcanfor llenó su nariz y sus pulmones.

## LA ENANA EUMARGINULA

Balanceándose sobre sus cortas y arqueadas piernas, apareció la enana Eumarginula, entre las nubes grises y blancas que descansaban en las calles de Pueblo.

La gruesa trenza que atravesaba varias veces su cabeza de oreja a oreja se veía desproporcionadamente alta; semejaba una corona de terciopelo negro y ceniciento que hacía destacar más aún su rostro delgado de rasgos agudos y ojos color calafate. Una sonrisa muy triste solía dibujarse en sus labios delgados.

Nadie podía precisar los años que tenía; al parecer siempre estuvo en Pueblo. Iba de aquí para allá y de allá para acá con su canasta de junco tejido por el señor Fango y repa-rada por el señor Fango.

Entregaba calcetas y medias remendadas y recogía calcetas por remendar. Ese era su oficio. Bajo la lluvia, la nieve, los relámpagos, los truenos, el sol, recorría balanceándose las calles de Pueblo, golpeaba firmemente puerta por puerta, con sus nudillos callosos.

- Sus medias, doña Syringa - cantaba con voz de sereno

**¡Error! Argumento de modificado**

la enana.

- Voy, voy - respondió doña Syringa y apareció con sus medias y calcetas en la puerta.

- ¡Alentada se le ve! - dijo la enana, mirándola fijamente.

- ¿Y la salud como está? - preguntó doña Syringa.

- Como me ve - dijo balanceándose la enana y siguió su camino hasta la otra puerta.

- Señor Danaides, señor Danaides - gritó la enana, sabiendo que el señor Danaides solía no escuchar.

- ¿Sí? - respondió Danaides asomándose a la puerta con temor a que fuere alguien que le solicitara algo. Al ver a la enana suspiró aliviado y entró apresuradamente a su casa en busca de sus calcetas desbaratadas de tanto ir y venir.

- Aquí - dijo entregándoselas a la enana.

- Gordo lo han de ver - dijo la enana con débil sonrisa.

- Chica y vieja - respondió el señor Danaides irritado, arrepentido de haberle prestado atención.

Eumarginula siguió su camino a la otra puerta, la de Manilarga.

- Doña Manilarga: sus medias y calcetas - cantó la enana.

- Aquí, aquí - respondió una voz desde dentro de la

**¡Error! Argumento de modificado**

casa, y un brazo se desenrolló desde la ventana a la cesta.

Eumarginula siguió su camino hasta la casona de doña Blanca.

- Doña Blanca: calcetas y medias busco - entonó la enana. - Aquí le tengo de todos colores con huevos y olores - cantó de buen humor doña Blanca.

- Mañana va a escarchar - agregó; se siente en el aire.

- Hoy va a llover -dijo la enana-; se ve en las nubes.

- Y la salud cómo anda - cantó doña Blanca.

- Como me ve - dijo la enana.

Siguió su camino, hasta la puerta de don Tapa.

- Don Tapa: sus calcetas - habló en un tono fuerte Eumarginula.

- Aquí las traigo - dijo don Tapa que había adivinado su presencia-. Y le traigo huevos para sus costuras.

- Duros los han de ver - dijo la enana tocando con sus manos los huevos hechos de coihue.

- Firmes para costurear son - agregó poniendo uno en la rotura de un calcetín y pinchándolo con una aguja.

Don Tapa sonrió satisfecho de su trabajo; sin tener torno le había dado una forma perfecta.

La enana mantuvo por un momento su mirada y su sonrisa, y dijo:

- Disculpando la palabra: ¡gracias!

Luego se retiró, balanceándose entre nubes y árboles.

## EL DESHOLLINADOR CANTILAGUA

Una capa delgada de hollín suele cubrirlo de pies a cabeza al deshollinador Cantilagua. Con paso marcial recorre día a día las calles de Pueblo, lleva escobillas de mango largo a la espalda y una escalera liviana sobre el hombro derecho. Alto, de contextura atlética, liviano, su mundo son las chime-neas y los techos. Tiene ojos oscuros y brillantes como dos tizones encendidos y capaces de leer en el humo, a través de la lluvia, de la niebla, de la nieve, de las nubes, si la chimenea necesita de su trabajo. Ser preciso en este oficio salva vidas y salva casas. El fue ayudante de su padre y ahora lo eran de él sus hijos.

Caminó esta vez en dirección a la casa de la señorita Philesia, y llamó a la puerta. Se escucharon ruidos de encajes y velos; al abrir la puerta, se impregnó el aire húmedo de alcanfor.

- Buenos días - dijo la señorita Philesia -; ¿qué lo trae por aquí? -

- El humo - respondió Cantilagua.

**¡Error! Argumento de modificado**

- Pasa el tiempo - asintió la señorita Philesia -, pasa y pasa - agregó pensativa y triste arreglándose el velo y la corona de novia que llevaba día y noche.

El deshollinador respiró hondo, y repitió como comprendiendo:

- Pasa y pasa.

- Yo vengo - dijo - porque si prende el hollín se puede llevar su casa.

- Estará de Dios, no más - respondió la señorita Philesia-. Encúmbrense ustedes no más, que letrada en humos no soy.

- Subieron el deshollinador y su ayudante al techo azul; parecían no pisar los escalones y no pisar el techo.

Un afuerino atraído por el brillo de la casa que destacaba del día gris la contemplaba envuelto en un halo de alcanfor. Se restregó los ojos frente a otra aparición: ángeles oscuros de ojos brillantes jugueteaban con las escobillas en el aire, eso vio. Pasaba por allí, balanceándose, la enana Eumarginula con su canasta vacía el afuerino rápidamente puso en ella el peso de sus preguntas mudas, señalando al mismo tiempo las escenas sobre el techo.

- El deshollinador Cantilagua - dijo Eumarginula, respondiendo a los gestos del afuerino, sin detenerse.

Al descender Cantilagua advirtió seriamente a la señorita Philesia:



**¡Error! Argumento de modificado**

- ¡Cuidado con la brosa! Calienta poco y tizna más duro.

- Estará de Dios - volvió a decir Philesia, distraída por el ruido de los miriñaques. El señor Quercus, que le llaman, reparte la brosa - agregó con su voz centenaria.

- Don Tepa sí que sabe - dijo el deshollinador con expresión de sabiduría, señalando otras chimeneas.

- Mm - dijo la señorita Philesia, asustada de que su casa se transformara en humo.

El deshollinador cargó escobillas y escalera y continuó su camino, agregando antes de partir al mirar la chimenea:

- Disculpando la palabra, ¡quedó para la incandescencia!

Alguien lo llamó en ese instante:

- Venga, venga. Era doña Sabañona, que seguía la huella tenue del hilillo negro que el hollín dejaba al paso de Cantilagua.

- ¿Sí? - preguntó el deshollinador, adivinando el pedido.

- Tengo apuro - dijo Sabañona mostrando sus manos rojizas e hinchadas por el frío.

- Estará de Dios - respondió el deshollinador recordando las palabras de la señorita Philesia.

- Hoy no me alcanza el día - dijo, siguiendo su camino; las escobillas que sobresalían por sobre su cabeza parecían

**¡Error! Argumento de modificado**

ir barriendo las nubes.

- Mañana paso por su casa - dijo a doña Sabañona -; hoy no me alcanza el día - repitió, dirigiéndose donde el señor Traba.

La mujer de Traba, Manilarga, se apareció e hizo un gesto de saludo; `podría ser deshollinador', `pensó' ¡pero no parece ser oficio de mujer!

- Mis escobillas son mis brazos - dijo en voz alta el deshollinador, como adivinando a doña Manilarga.

El hilillo negro sobre la nieve siguió hasta la casa de Cirsium y Arethusana.

Las escobillas desgarraron un arco iris.

EL CAPITAN PALINURO

Una luminosidad dorada se desprendía desde la orilla. Plauto, Pletorio y Aretino se acercaron atraídos por ella.

- ¿Qué será? - dijo Plauto, hipnotizado por el brillo.

- ¡Fantasmas han de ser! - dijo Aretino -; los he visto.

- De dónde en pleno día - comentó Pletorio, algo temeroso.

- Los he visto - repitió Aretino sin escucharlo -; los he visto en la noche sobre el agua...

Los tres hombres se detuvieron al mismo tiempo, instintivamente. Ellos mismos y otros pueblinos habían visto luces sobre el mar, cruzar el río, acercarse y alejarse, pero nunca de día.

- Disculpando la palabra - dijo Pletorio con voz temblorosa -: es una aquiescencia. Son cosas de la Fiura.

- Palabras no más - agregó Aretino-; la Fiura descansa como Justa.

En eso, una nube se puso delante del sol y la luminosidad se redujo a un hacezuelo de luz. Detrás del hacezuelo había un hombre. El hombre era de piel morena curtida por el tiempo; bajo, macizo, con el cabello liso negro. La ropa de colores oscuros mojada, pegada a su cuerpo, como si estuviera recién saliendo del agua.

**¡Error! Argumento de modificado**

- Hombre de mar - dijo Aretino en voz muy baja.

- Disculpando la palabra - volvió a decir Pletorio -.  
¿Neptuno?

- No - afirmó Plauto con seguridad y más tranquilo, al  
divisar a alguien de apariencia humana saliendo del mar; el  
hacezuelo de luz parecía venir desde la boca del hombre hacia  
ellos.

- Misterialmente nos toca - dijo Pletorio queriendo  
reti-rarse.

Plauto y Aretino lo agarraron firmemente cada uno por  
un lado y no lo dejaron moverse.

El hombre de mar, cerró por un momento la boca, y la  
luz desapareció como tragada por el mismo.

Plauto, Pletorio y Aretino se acercaron más. El hombre  
los miró y dijo: -Perdí mi bote.- Y mostró el mar agitado.

- ¿Si? - dijo Pletorio, incrédulo y asustado-. ¿Su  
bote? Yo lo vi salir con sus pies.

- Al enfilarse hacia aquí - dijo el hombre -, una roca  
agu-da fregó el casco, y de a poco a pique se fue, y yo  
llegué hasta aquí como me ven.

- ¡Mojado lo han de ver!- dijo Pletorio, todavía  
asustado.

- Alguien me arrastró hasta aquí - agregó el hombre.

- ¿Cómo? - preguntó Aretino.

**¡Error! Argumento de modificado**

- ¿Si, si? - agregó Plauto, que no terminaba de salir de su asombro.

- Me dejé llevar - dijo el hombre con voz cansada -, y llegué aquí.

- Muchos llegan - dijo Plauto.

- Y se quedan - musitó apenas Pletorio.

- ¿Cómo lo llaman? - preguntó Aretino.

- Capitán Palinuro - respondió el hombre, deteniéndose en cada sílaba y luego repitió rápidamente - Palinuro.

- De ese nombre no hay aquí -dijo Pletorio.

- Misterialmente nos toca -murmuró débilmente Plauto, sintiéndose agujeadado por la luz que salía de la boca del hombre cada vez que la abría.

Al escucharlo hablar, a pesar de que ese destello que parecía manar de su boca los inquietaba, pudieron mirarlo y escucharlo con más atención.

- Es un hombre - repitió Plauto como para reasegurarse.

- No es na Neptuno - agregó Pletorio, aunque no muy convencido.

- Parece espejo del sol su sonrisa - murmuró en voz baja Aretino.

- Capitán Palinuro - repitió el hombre del mar -; aquí llegué, aquí me quedo - y cayó de bruces, extenuado, desapareciendo también el hacezuelo de luz.

- Con redes y ramas de laurel lo acomodaron para

**¡Error! Argumento de modificado**

trasladarlo a Pueblo. Lo llevaron sin saber por qué donde don Tapa. - Al fin - dijo cuando los vio llegar don

Tapa saludándo-

los sin sorpresa, como si los esperara. El capitán Palinuro

abrió los ojos, hizo una venia de saludo a don Tapa y de su enigmática sonrisa el hacezuelo de luz se detuvo en el escaramujo blanco de la cerca.